



# El guardián del bosque nublado

María Eugenia Delgado

Ilustración de CAMILUNA

## El guardián del bosque nublado

María Eugenia Delgado

Ilustraciones: CAMILUNA

Coordinación general: Leonor Bravo

Edición y corrección de estilo: María Eugenia Delgado

Diseño y diagramación: Santiago Vásconez

© Girándula, Asociación Ecuatoriana del Libro Infantil y Juvenil, IBBY Ecuador, 2026

Girándula es una organización sin fines de lucro que agrupa a escritores, ilustradores, editoriales, librerías y demás personas e instituciones involucradas en la producción y difusión de la literatura para niños y jóvenes del país.

@girandulaecuador  
@maratondelcuento  
www.maratondelcuento.com  
096 221 0303  
girandula2013@gmail.com



Me llamo Rumi y soy una roca, una gran piedra de río que ha estado aquí desde tiempos que ni yo misma puedo contar. Eso sí, no soy una roca cualquiera, porque luzco unos bellísimos dibujos de colibríes, espirales y figuras humanas que los antiguos habitantes de este bosque, los yumbos, tallaron sobre mí y que me hacen única y especial.

Aunque ha pasado mucho tiempo desde que ellos se fueron, todavía los recuerdo, incluso podría decir que los extraño, porque vivían en paz con los animales, con las plantas y hasta con quienes no podemos movernos, como yo. Pienso que si el volcán Pichincha no hubiera lanzado su ceniza hace varios siglos, no hubieran tenido que marcharse.

Algo que siempre recuerdo con nostalgia son las danzas y cantos que hacían bajo la luna para pedir al río que nunca se seque. Ahora ya nadie talla piedras ni baila para agradecer al agua, pero yo sigo aquí, firme como siempre, vigilando el río y el bosque.

En mi larga existencia he escuchado muchas historias, algunas muy divertidas, como la del oso de anteojos que se perdió entre los guarumos y fue guiado por un colibrí hasta su cueva, o la del gallito de la peña que quiso croar como las ranas de cristal y cantó tan desafinado que hasta los grillos dejaron de cantar. También están las historias que dan miedo, como la del árbol que susurra nombres en la neblina cuando alguien ensucia el río.

Algunos piensan que mi vida debe ser aburrida porque no puedo moverme, pero en este rincón del bosque nunca estoy sola. Hay muchos animales que vienen a visitarme y a escuchar todas esas historias que recuerdo. Hace unos días, por ejemplo, llegaron a bañarse en el río Joaco, un tucán de pico amarillo, y Ayla, una traviesa nutria de río. Los miré con cariño, mientras jugaban y se refrescaban en el agua.



De pronto, recordé a una vieja amiga que no veía desde hacía mucho tiempo. Llamé a Joaco y Ayla para contarles su historia.

—¿Conocen a la lagartija pinocho?

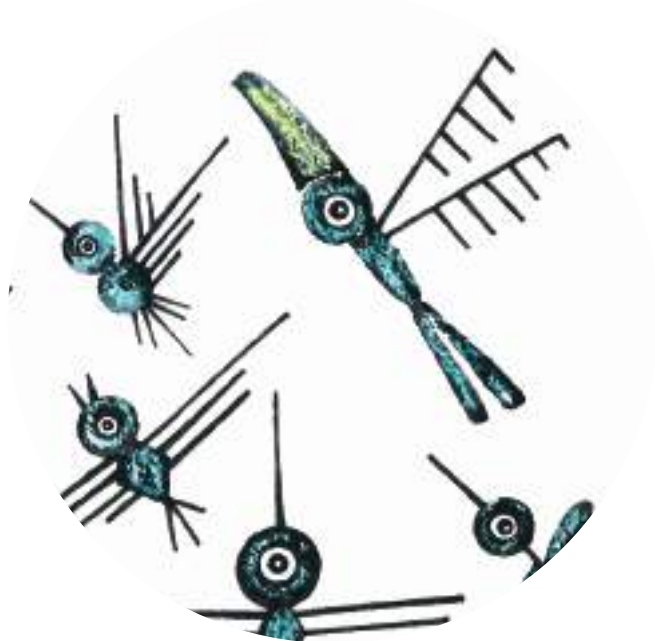
Se miraron confundidos y así me di cuenta de que no sabían a quién me refería. Ayla trepó sobre mí para tomar el sol en mi superficie tibia, porque allí guardo el calor del día, mientras Joaco se quedó chapoteando cerca, para no perderse ni una palabra de mi relato.

—Es un reptil muy misterioso —les conté—. Tiene un color amarillo verdoso y una nariz larga, por eso le dicen pinocho. No se deja ver fácilmente. Solo aparece para advertirnos sobre

algún peligro que está por suceder en el bosque.

—¿Tú la has visto? —me preguntó Ayla abriendo mucho los ojos.

—Hace muchos años apareció entre las bromelias junto al río. Cuando se dio



cuenta de que la observaba, se quedó quieta por un momento. Luego, me miró fijamente y su nariz vibró, como si leyera un secreto en el aire. Lo cierto es que al día siguiente el río amaneció turbio y los pájaros dejaron de cantar. Nadie entendía lo que había ocurrido. Después supimos que un grupo de personas había talado árboles cerca del nacimiento del río. Por eso, los peces huyeron, las aves emigraron y el agua perdió su brillo. Lo curioso es que desde aquel día no la volví a ver. Los científicos decían que se había extinguido, pero yo sé que la lagartija pinocho solo aparece cuando el bosque necesita que alguien escuche.

—¡Guau!, qué personaje tan interesante —dijo Ayla—. Si algún día me la

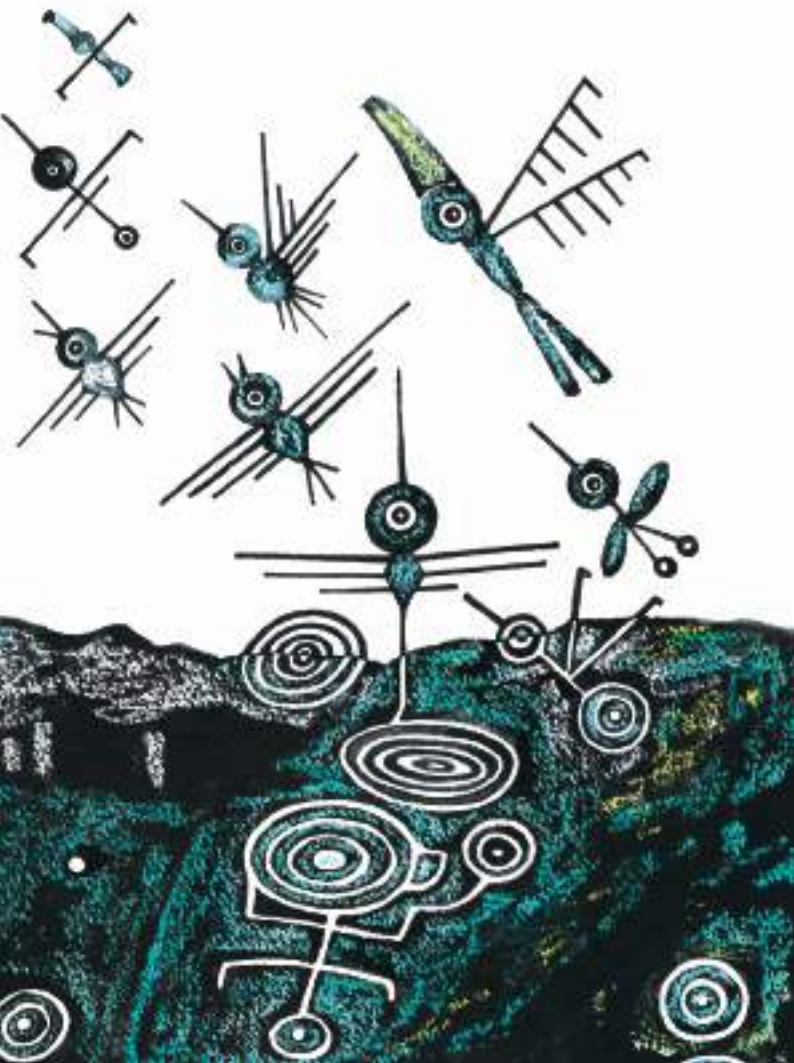
encuentro, ¿cómo sabré que es ella y no una lagartija cualquiera?

—Es fácil —contesté—. Camina despacio, como si cada paso fuera una ceremonia. No salta ni hace ruido y su nariz siempre tiembla para olfatear los secretos del bosque.

Varios días después, Joaco volaba por la tarde sobre el río cuando, al posarse en una rama, sintió que alguien lo miraba. Giró la cabeza y allí estaba la lagartija pinocho, pequeña y con su nariz vibrando suavemente. Joaco la vio trepar con calma por una palmera justo cuando empezó a llover. Voló a contármelo y no pude evitar preocuparme.

Al día siguiente, cuando la tormenta terminó, Joaco buscó a sus amigas las





ranas, pero no las encontré. Ayla notó que los colibríes tampoco estaban en sus lugares habituales. El agua del río estaba turbia. Sentí que los humanos tenían que ver con aquel cambio. Los animales y las rocas no podemos defender el bosque porque no tenemos voz, pero podemos comunicarnos a través de los sueños con personas de corazón sensible. Así que, ante este peligro, todos los habitantes del bosque enviamos nuestra preocupación a los humanos.

Esa misma noche, un anciano de la comunidad soñó con el río oscurecido y con una lagartija de nariz larga que lo miraba. En el sueño me escuchó decir, con mi voz antigua de piedra: «El bosque necesita tu ayuda».

Despertó inquieto y decidió reunir a las familias vecinas para contarles lo que había soñado. Muchos de ellos vivían de la caña y la panela y sabían que sin agua limpia nada sobreviviría. Decidieron organizarse, así que limpiaron el río, sembraron árboles nativos, pintaron carteles y enviaron cartas a los guardabosques y a las fundaciones que protegen la naturaleza.

A los pocos días llegaron las máquinas de la minería para abrir caminos y cortar árboles cerca del río, pero la comunidad ya estaba preparada. Tocarón campanas, golpearon ollas y el eco de su protesta viajó con la neblina entre los árboles. Los guardabosques acudieron con más vecinos de otras comunidades.





Fue tanta la presión a los invasores que no les quedó otra alternativa que marcharse.

Ese día el bosque volvió a respirar y todos lo celebramos. Yo creí que ya no volvería a ver a la lagartija pinocho, pero estaba equivocada, porque mientras Joaco, Ayla y yo disfrutábamos del sol, de pronto sentimos su mirada. Nos observó unos segundos, luego comenzó a trepar por un árbol. Al llegar a la

copa, una ráfaga de neblina la envolvió y, cuando el viento sopló, desapareció. Solo quedó el susurro de las hojas y la sensación de que todo estaba en paz.

Desde entonces, cada vez que el cielo se cubre de neblina y el río canta más fuerte, sentimos que nos observa. Sabemos que, si alguna vez el bosque vuelve a estar en peligro, nuestra amiga regresará y yo estaré lista para escuchar.





Girándula

ASOCIACIÓN ECUATORIANA  
DEL LIBRO INFANTIL Y JUVENIL

1988

# XIX MARATÓN DEL CUENTO

QUITO UNA CIUDAD  
QUE LEE



GLOBAL GREENGRANTS FUND



Quito renace.



Quito  
CABECERA ADMINISTRATIVA

OEI

CRISFE



Diners Club



CÁMARA  
ECUATORIANA  
DEL LIBRO